

BENEDICTO XVI

DIOS ES LA
VERDADERA
REALIDAD

HOMILÍAS
PRIVADAS
II



Dios es la verdadera realidad



100XUNO

Benedicto XVI

Dios es la verdadera realidad

Homilías privadas

Tiempo ordinario

Nota introductoria de Federico Lombardi S.I.

Editado por Riccardo Bollati, Luca Caruso, Federico Lombardi S.I.

Traducción de Fernando Montesinos Pons



Título en idioma original: «*Dio è la vera realtà*».
Omèlie inedite 2005-2017. Tempo ordinario

© 2025 – Dicastero per la Comunicazione – Libreria Editrice Vaticana 00120
Città del Vaticano
Tel. 06. 698.45780
E-mail: commerciale.lev@spc.va
www.libreriaeditricevaticana.va

© Ediciones Encuentro S.A., Madrid 2026
Nota introductoria de Federico Lombardi S.I.
Editado por Riccardo Bollati, Luca Caruso, Federico Lombardi S.I.
Traducción de Fernando Montesinos Pons

Queda prohibida, salvo excepción prevista en la ley, cualquier forma de reproducción, distribución, comunicación pública y transformación de esta obra sin contar con la autorización de los titulares de la propiedad intelectual. La infracción de los derechos mencionados puede ser constitutiva de delito contra la propiedad intelectual (arts. 270 y ss. del Código Penal). El Centro Español de Derechos Reprográficos (www.cedro.org) vela por el respeto de los citados derechos.

Colección 100XUNO, n° 170

Fotocomposición: Encuentro-Madrid
Impresión: Cofás-Madrid
ISBN: 978-84-1339-289-9
Depósito Legal: M-15886-2026
Printed in Spain

Para cualquier información sobre las obras publicadas o en programa
y para propuestas de nuevas publicaciones, dirigirse a:

Redacción de Ediciones Encuentro
Conde de Aranda 20, bajo B - 28001 Madrid - Tel. 915322607
www.edicionesencuentro.com - info@edicionesencuentro.com

ÍNDICE

Nota introductoria	9
--------------------------	---

TIEMPO ORDINARIO

El Cordero de Dios que quita el pecado del mundo.....	13
Caná: María anticipa la hora del don	19
Ha llegado el Reino de Dios.....	23
La llamada de Jesús: conversión y vocación	28
El Reino de Dios	31
Las Bienaventuranzas: vivir con Cristo desde la perspectiva de Dios.....	36
«Bienaventurados los mansos, bienaventurados los limpios de corazón» .	41
No solo un profeta, como Moisés, sino el Hijo.....	45
El profeta en contacto con Dios.....	49
La sal y la luz	53
Jesús da la verdadera salud.....	58
Venido para anunciar y expulsar a los demonios.....	62
El encuentro con Dios y la misión.....	67
Un corazón nuevo para amar con abundancia.....	72
La verdadera libertad	76
La caridad que toca, cura y salva.....	82
La bondad y la pureza contagiosa de Jesús	86

«Sed perfectos como vuestro Padre»	90
Un corazón nuevo para amar también a los enemigos.....	95
«Buscad primero el Reino de Dios y su justicia»	98
Providencia, responsabilidad y libertad	102
Cómo construir el mundo	106
Qué es la fe.....	110
«Misericordia quiero, y no sacrificio»	116
Más allá de la muerte: vivir en la memoria de Dios.....	120
La dinámica de la vida cristiana.....	125
Pecado y perdón	130
¿Quién es Cristo para mí?	134
Perderse en el amor para vivir en Cristo	138
«¡Levántate!». La verdadera vida más fuerte que la muerte	143
Seguir a Cristo es la verdadera libertad	148
El Hijo revela quién es el Padre a los pequeños	153
La revelación a los pequeños y el yugo ligero	157
Cómo ser «criaturas nuevas».....	161
Anunciar el Reino de Dios al mundo	167
La semilla de la Palabra.....	172
El corazón de carne nos dice lo que hemos de hacer	177
Ver el mundo con fe, esperanza y caridad.....	182
La paciencia de Dios y el árbol de la Iglesia.....	187
Encontrar lo único necesario.....	192
Marta y María	195
El don del «corazón dócil»: percibir el verdadero Bien.....	201
El tesoro, la perla, la red	206
Jesús nos enseña a orar.....	210
Jesús: silencio y apertura al don	215
La verdadera riqueza.....	219

El Señor viene a nosotros sobre las aguas	222
El paganismo ante Jesús: deseo y rechazo.....	226
«¿A quién iremos? ¡Tú tienes palabras de vida eterna!»	231
Cómo alcanzar la salvación	236
Dar la vida para encontrarla	240
Hijos de adopción, libres y herederos	244
El seguimiento radical de Cristo.....	248
Los dos hermanos y el padre misericordioso.....	253
¡Es hermoso trabajar en la viña del Señor!	258
Ser como niños	263
Administrar sabiamente la verdadera riqueza.....	266
La salvación es para todos	272
El despertar: del egoísmo al amor	275
El fruto de la verdadera libertad: justicia y rectitud	280
El hombre, imagen de Dios. Hombre y mujer los creó.....	284
La fe: esperar con paciencia, confianza, valentía.....	290
Aceptar la invitación a la fiesta de bodas.....	296
El Señor puede hacernos ligeros para su Reino	300
Los leprosos: curación y salvación, el drama de la existencia.....	305
El leproso, no solo curado, sino también salvado	309
Beber el cáliz de Jesús para participar en su gloria	314
Orar: cómo y por qué	319
Los niveles de la oración.....	325
Solo quien ve a Dios ve bien.....	329
La humildad: capacidad y coraje de la verdad	332
Misericordia: el poder de Dios que transforma el mundo	337
La fe en la resurrección de los muertos, la vida eterna.....	341
Siervos inútiles y siervos fieles	346
Servir con generosidad y con alegría	349

El fin del mundo y la luz del mundo nuevo.....	354
Humildad y paciencia para salvar nuestras almas.....	359
Sobriedad, valentía, perseverancia y esperanza.....	365
El Rey pastor, que guía a la vida y a la sabiduría	370
El Rey pastor, que une y cura.....	375
Reino de martirio y victoria	379
Como reina Cristo, en la historia, en el paraíso.....	384
Índice según el calendario litúrgico	389
Índice cronológico.....	395
Índice bíblico	399

NOTA INTRODUCTORIA

El presente volumen recoge las homilías dominicales pronunciadas por Benedicto XVI en el curso de las celebraciones «privadas» —tanto durante el pontificado como después de la renuncia— en la capilla de los apartamentos pontificios del Palacio Apostólico, o en la del Palacio de Castel Gandolfo y, finalmente, en su última residencia en el Monasterio *Mater Ecclesiae*, en los Jardines Vaticanos.

Constituye la continuación de un primer volumen dedicado a 56 homilías para los domingos de los «Tiempos fuertes» del año litúrgico y otras festividades¹. Este segundo tomo contiene 82 homilías para los domingos del «Tiempo ordinario». En total se trata, pues, de 138 textos, que van desde 2005 a 2017. Tras cumplir los noventa años, en abril de 2017, debido a su creciente debilidad y, sobre todo, al debilitamiento de su voz, Benedicto XVI dejó de pronunciar la homilía, pero pedía a algún sacerdote concelebrante que dirigiera la palabra a los presentes.

Sobre el origen de esta colección de homilías —hasta ahora inéditas— pronunciadas por Benedicto XVI en italiano y transcritas

¹ Benedicto XVI, *El Señor nos lleva de la mano. Homilías privadas. Adviento, Cuaresma, Pascua*, Prólogo de Mons. Georg Gänswein, Introducción del P. Federico Lombardi S.I., Editado por Riccardo Bollati, Luca Caruso, Federico Lombardi S.I., trad. esp.: Fernando Montesinos Pons, Encuentro, Madrid 2025.

a partir de la grabación de audio, ya hemos dado explicaciones exhaustivas en nuestra Introducción al primer volumen, concebida precisamente como Introducción a toda la colección en su conjunto.

Como ya indicamos entonces, los editores de la publicación —Riccardo Bollati, Luca Caruso y Federico Lombardi—, al no disponer de ningún texto escrito de Benedicto XVI, pusieron el máximo esmero en hacer posible una lectura fluida, respetando al mismo tiempo lo máximo posible el pensamiento y el estilo homilético discursivo característico del predicador Joseph Ratzinger².

Los títulos puestos a cada homilía, así como la inserción de las referencias a las citas bíblicas y a las de los Padres, son obra de los editores, y también lo son las notas a pie de página.

Al igual que en el volumen anterior, las homilías han sido ordenadas según el calendario litúrgico y el ciclo trienal del Leccionario. Sin embargo, también ofrecemos un Índice cronológico de todas las homilías —que fueron pronunciadas a lo largo de doce años— y un Índice bíblico que recoge exclusivamente los pasajes bíblicos sobre los que Benedicto XVI ofrece efectivamente algún comentario, aunque sea muy breve, pero no todas las citas esparcidas por los textos.

Federico Lombardi S.I.

² En lo que respecta a las citas de los textos evangélicos, litúrgicos y patrísticos, salvo indicación contraria, hemos preferido atenernos a la versión oral dada por Benedicto XVI.

TIEMPO ORDINARIO

EL CORDERO DE DIOS QUE QUITA EL PECADO DEL MUNDO

19 de enero de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

II Domingo del Tiempo Ordinario (Año A)

Lecturas: Is 49,3.5-6; Sal 40; 1 Cor 1,1-3; Jn 1,29-34

Queridos amigos:

En el Evangelio hemos escuchado el testimonio de Juan el Bautista sobre Jesús. En él se recogen tres elementos: primero, «el Cordero de Dios»; segundo, «él existía antes que yo», y con ello indica la pre-existencia, es decir, que este Jesús, aun llegando tarde a la historia, existía desde siempre, es el Hijo de Dios; y tercero, este Jesús no solo predica, no solo invita a la conversión, sino que da una nueva vida, un nuevo nacimiento, nos da un nuevo origen atrayéndonos a él.

En estos tres elementos se encuentra toda la fe cristológica de la Iglesia: la fe en la redención del pecado, la fe en la divinidad de Cristo y la fe en el nuevo nacimiento que experimentamos nosotros, los cristianos. No hay aquí solo confesión y doctrina, sino también vida litúrgica cultural: el primer punto, el Cordero de Dios, alude a la Pascua de los cristianos, nos indica el misterio de la Eucaristía, y el tercero apunta al misterio del Bautismo; de este modo están presentes los sacramentos fundamentales y la fe fundamental en la divinidad de Jesús.

Para no alargarme demasiado, ahora desearía meditar con vosotros únicamente sobre el primer punto, que quizá sea también el más

difícil para nosotros: «El cordero de Dios, que quita el pecado del mundo». ¿Qué significa que el Hijo de Dios, Jesús, sea llamado «cordero, cordero de Dios, que quita el pecado del mundo»?

Esta palabra, «cordero», es una palabra fundamental en la Sagrada Escritura: la encontramos desde el Génesis hasta el Apocalipsis, más aún, es la palabra central del Apocalipsis, ya que Jesús aparece en él como cordero y centro de la historia del mundo nada menos que 28 veces.

Veamos tres textos fundamentales. Encontramos una primera alusión, una primera previsión, en la historia de Abrahán: la inmolación de Isaac (cf. Gn 22). Dios había invitado a Abrahán a entregarle a su hijo, que era su futuro, el vínculo entre él y la promesa; por consiguiente, se trataba de su propia vida. Entregando a Isaac renunciaba al futuro, renunciaba a su propia vida, y en esto consistía la invitación: en entregarse a sí mismo en su hijo. Pero en el momento en que quiere matar a su hijo, pasando del acto fundamental del corazón al acto del sacrificio externo, Dios interviene, lo impide, y el mismo Abrahán encuentra y ve, enredado en el matorral, un cordero, y comprende: «Dios mismo me proporciona el don». Dios no quiere nuestra muerte, sino nuestra vida, y nosotros solo podemos ofrecer a Dios los dones que él mismo nos ha dado, como se dice en la primera Plegaria Eucarística: Dios mismo me da cuanto yo puedo dar, lo que yo doy es siempre don suyo, Dios se da a sí mismo.

En el capítulo octavo del Evangelio de san Juan hay un texto sorprendente, en el que dice Jesús: «Abrahán, vuestro padre, saltaba de gozo pensando ver mi día; lo vio, y se llenó de alegría» (Jn 8,56). No sabemos a qué alude el evangelista, no sabemos cómo y cuándo vio Abrahán el día de Dios para alegrarse; pero tal vez sí podamos pensar claramente en el momento en el que ve al cordero y así, desde lejos, ve al verdadero cordero, al Dios que se hace cordero, al Dios que se entrega a sí mismo en el Hijo, y al ver esta grandeza del amor de Dios, que se entrega a sí mismo haciéndose cordero, salta de gozo, capta Abrahán toda la belleza de su fe, la grandeza, la bondad y el amor de Dios.

Siguiendo con nuestra tarea, los otros dos textos fundamentales son uno que se encuentra en el Éxodo, la institución de la Pascua (cf. Ex 12,1-14), y otro que aparece en el profeta Isaías, el cuarto canto del Siervo de Dios (cf. Is 52,13-53,12). En el de Isaías, el Siervo aparece como cordero en un doble sentido; se dice: «Se comporta como un cordero, como una oveja que es llevada al matadero, no abre la boca», se deja matar sin oponerse. Pero, además del hecho de que el Siervo se comporta como un cordero destinado a la muerte, hay algo más profundo, y es que la palabra «Siervo» (*taljā'* en arameo) también puede interpretarse como «cordero», es decir, el mismo Siervo es el cordero, en el Siervo se realiza la suerte del cordero, él se convierte en el cordero por todos nosotros.

El texto del Éxodo es el de la institución de la Pascua. Como sabemos, es la noche de la liberación de Egipto y la sangre del cordero defiende a Israel contra la muerte y, al mismo tiempo, abre la puerta a la libertad; es la noche de la liberación, la noche de la victoria sobre la muerte, la noche de la libertad: todo ello centrado en la sangre del cordero. Por eso es tan importante que, en el capítulo 19 de su Evangelio, nos comunique san Juan que Jesús fue traspasado por el soldado romano precisamente en el momento en que en el templo se sacrificaban los corderos pascuales. Esta identificación, esta contemporaneidad al minuto, nos dice: «El verdadero cordero es Jesús». El animal cordero no puede liberarnos, no puede defendernos ante la muerte; el cordero es solo un signo, un signo de expectativa. El verdadero cordero muere en ese momento: Jesús es el cordero pascual y de este modo comienza la verdadera Pascua, la liberación de la muerte, la salida de los hijos de Dios a la libertad.

A nosotros nos resulta hoy muy difícil comprender estas cosas, porque son misteriosas. El misterio de la Encarnación y de la Pascua, a saber, que Dios se hace uno de nosotros y lleva nuestras cargas, es algo que a nosotros nos resulta hoy difícil de comprender. Desearía proponer dos ideas para acercarnos a su comprensión.

La primera: el ángel de Dios reconoce a los amigos de Dios por la sangre del cordero puesta en el dintel de las puertas. La sangre del cordero es signo de los amigos de Dios. Ahora bien, ¿cómo podríamos nosotros ser marcados así? ¿Cómo puede ser marcado el dintel de la puerta de mi ser con la sangre del cordero que Dios reconoce? Esto es un misterio.

Tal vez podamos decir que ser marcado con la sangre del cordero, de suerte que Dios me reconozca, significa entrar en los sentimientos de Jesús, identificarme con Jesús. Su sangre es signo de su entrega, de su amor infinito, de su identificación con nosotros; entrar en los sentimientos de Jesús significa que en el dintel de mi ser se encuentra verdaderamente esta sangre, esta consanguinidad con Jesús, que conoce Dios y Dios reconoce en nosotros.

Me ha venido asimismo a la mente otra imagen: el papa Francisco habla a menudo del pastor que debe conocer el olor, el perfume de las ovejas, y tener él mismo el olor de las ovejas. Podríamos decir: nosotros debemos empezar a conocer el olor, el perfume de Cristo, y nosotros mismos tener este perfume de Cristo, ser ovejas de Cristo con su perfume, con nuestro modo de pensar y de vivir. Oremos al Señor para que nos proporcione esta identificación creciente, día tras día, en el encuentro de la Eucaristía. Que su perfume se convierta en el nuestro y que Dios pueda sentir en nosotros el perfume del Hijo, y de este modo podamos ser guiados y protegidos por la bondad divina.

La otra idea es esta: san Juan no dice aquí «los pecados del mundo», sino «que quita el pecado del mundo» (cf. Jn 1,29). Es muy difícil entender esto, yo voy a intentar hacerlo con una aproximación. Todos sabemos que hay una terrible y enorme cantidad de mal, de violencia, de arrogancia, de lujuria en el mundo; cada día, al ver el telediario, al leer el periódico, vemos cómo la masa de mal, de injusticia del mundo crece de manera permanente. ¿Cómo responder a todo esto?

Solo sería posible si en el mundo hubiera una masa todavía mayor de bien, que pudiera salir vencedora; solo partiendo de esto puede haber perdón. El perdón no puede ser solo una palabra, porque

eso no cambiaría nada; el perdón debe ser cubierto por una realidad precedente de bien que sea lo suficientemente fuerte como para destruir realmente este mal, para eliminarlo.

Este es el sentido de la pasión de Cristo, que con su amor inmolado crea una masa de bien en el mundo que es infinita y, por consiguiente, siempre mayor que la masa de mal, y así este queda superado, el mal perdonado, el mundo cambiado. Esta es la realidad del cordero, del Dios que se hace hombre, se hace cordero y crea —por así decirlo— una cantidad de amor y bondad que es siempre mayor que toda la cantidad del mal que existe en el mundo. Así «quita» el mal del mundo y nos invita a tomar nuestra posición, a ponernos de su parte.

San Pablo empleó una fórmula audaz: «Nosotros debemos completar en nuestra carne lo que falta a la pasión de Cristo» (cf. Col 1,24). La pasión de Cristo es un tesoro infinito y nosotros no podemos añadirle nada; con todo, el Señor nos invita a entrar en esta masa de bien, a completarla en nosotros con nuestro modo de vivir humilde y pobre, para así estar con Cristo en la lucha contra el mal, para ayudarlo, sabiendo al mismo tiempo que él también quita mi mal y me perdona también a mí con el tesoro de su intimidad, de su bondad.

Esto no es solo doctrina, cada día se hace realidad en la Sagrada Eucaristía. El sacerdote dice precisamente lo que dice san Juan, lo que se hace voz en san Juan: «He aquí el cordero de Dios que quita el pecado del mundo», nos invita a ver con nuestro corazón esta grandeza del amor de Dios, que se hace don para nosotros, se hace cordero para nosotros, se entrega en nuestras manos.

Y, antes, cantamos tres veces el «Cordero de Dios», que es, al mismo tiempo, un canto pascual sobre la pasión y sobre la victoria de Cristo; y es un canto nupcial, porque esta comunión es también sponsalicia: Cristo se entrega a nosotros, se une con nosotros y así realiza realmente las bodas de la humanidad con Dios, nos hace entrar en sus bodas. Las palabras con las que, según la nueva liturgia, el sacerdote invita a la comunión: «Dichosos los invitados a la cena del Señor», en el original del Apocalipsis suenan así: «Dichosos los

invitados a la cena de las bodas del Cordero». Así se manifiesta todo el misterio de la Eucaristía —bodas del Cordero, cena de las bodas del Cordero—, que es entrar en este gran acontecimiento, un acontecimiento que supera nuestra comprensión, nuestra inteligencia; con todo, podemos adivinar la grandeza del amor de Dios, que se une a nosotros, que, en su bondad, en su amor, nos llama a las bodas de la unidad nupcial.

Como he dicho, el cordero aparece 28 veces en el Apocalipsis: es el centro de la historia del universo; el universo y la historia se inclinan ante el cordero (cf. Ap 5,5-14). Entremos en este gesto de la liturgia cósmica, de la liturgia universal, inclinémonos ante este misterio y pidamos al Señor que nos ilumine, nos transforme, nos haga partícipes de este amor, de estas bodas del Cordero. ¡Amén!

CANÁ: MARÍA ANTICIPA LA HORA DEL DON

17 de enero de 2016, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

II Domingo del Tiempo Ordinario (Año C)

Lecturas: Is 62,1-5; Sal 96; 1 Cor 12,4-11; Jn 2,1-12

Queridos amigos:

¡Cuántas veces hemos meditado ya este maravilloso Evangelio! Hoy desearía extraer del tejido de este texto tres pequeños hilos para meditar con vosotros.

Primer hilo: María nos enseña a orar. María, con el corazón de una madre y la sensibilidad de una mujer, ve el problema de estos esposos, y esta sensibilidad hacia el otro es ya un primer punto que podemos señalar. Para el cristiano es esencial ver al otro y la oración debe ser por el otro, más que por nosotros mismos. Al mismo tiempo, podemos obtener la intercesión de María también hoy, porque ella nos ve e intercede por nosotros. Es importante observar que María no le dice al Señor: «¡Haz un milagro!», no, en absoluto, no indica un camino, sino que se limita a poner la miseria de las personas en manos de Dios, le deja totalmente a él lo que haya que hacer. Esto es importante, porque significa que, al orar, no queremos imponerle a Dios nuestra solución, sino más bien que nosotros ponemos nuestra voluntad en la suya. Esto es esencial en la oración: poner nuestra voluntad en la suya, dejarle a él lo que haya que hacer. De este modo, la

oración es ya un camino en la voluntad de Dios, un camino fuera de nuestra propia voluntad para ponernos en la voluntad de Dios, y así se convierte también en un camino de purificación, de renovación.

Pero, a continuación, sigue un primer «¡No!» del Señor, expresado en dos puntos. En primer lugar: «¿Qué me importa esto? No es algo que concierna a mi vida, a mi misión; estas cosas no pertenecen a ella». Y después, en segundo lugar: «No es mi hora». Lo primero significa que también nosotros debemos tener presente el nivel de las cosas, reconocer que hay cosas que solo nosotros podemos resolver, porque son pequeñeces que no debemos imponer al Señor. Aunque tengamos la libertad de ofrecer al Señor nuestro cuerpo con todas sus miserias, debemos aprender que no todo es solo de Dios, porque muchas cosas las debemos resolver nosotros.

En el segundo punto, Jesús dice: «Aún no ha llegado mi hora». La «hora» es la crucifixión del Señor y es la hora de la gloria de Dios. A saber, Jesús debe seguir un camino, Dios mismo ha elaborado un camino histórico, donde las cosas tienen su lugar y no pueden ser puestas arbitrariamente en otros lugares. Eso significa que debemos esperar, debemos aprender que Dios sabe esperar, porque hay un camino de la historia, donde todas las cosas tienen su tiempo. Así como la crucifixión tiene su momento en la historia, así debemos aceptar que los caminos de la historia siguen adelante y debemos esperar, como Dios espera. Sabemos que Dios es paciente, espera. Algunas veces pensamos: «No esperes tanto, sé más rápido, ¡ven ahora!». Pero Dios sabe cuándo hay que hacer las cosas y de esta paciencia de Dios también nosotros debemos aprender a esperar con el Señor. Solo así llegaremos a la voluntad de Dios, por este camino en el que nuestra voluntad se une con la suya.

Segundo hilo: María. María aparece dos veces en el Evangelio de san Juan, aquí, al principio del capítulo 2, donde comienza su camino, y, después, al final, en el capítulo 19, en la hora de la Cruz. Pero estas dos apariciones de María son fundamentales y deben ser consideradas juntas, es decir, están conectadas la una con la otra. La conexión se

muestra sobre todo en dos palabras: «hora» y «gloria»; estas conectan precisamente el momento del comienzo con el momento de la Cruz. La hora de Jesús es la Cruz, la gran Cruz, y la Cruz es también la gloria del Señor, el momento en el que el Señor se entrega totalmente a sí mismo y cambia la historia con este acto de amor, en el que Dios mismo se hace hombre y muere por nosotros, se convierte en amor puro; así, esta humillación radical de Dios en la Cruz es la gloria, porque es el amor. Estas dos conexiones, entre una hora y la otra, nos muestran cómo María pertenece precisamente al núcleo del misterio, está en el centro del misterio y nos es dada precisamente para ayudarnos a aceptar el camino del Señor, para aprender a poner nuestras manos en las manos del Señor. De este modo, desde el principio del Evangelio de Juan, María se encuentra en el centro de la fe, no es algo añadido, como dicen los protestantes, sino que pertenece al núcleo del misterio y nos es dada precisamente como madre, que ve nuestras necesidades y, como madre, nos ayuda y nos acompaña.

Tercer hilo: al final aparece la gloria del Señor, el milagro. Aquí es importante ver que la hora aún no ha llegado y no puede ser cambiada, pero Dios es omnipotente, anticipa la hora, aunque la hora aún no haya llegado. Ahora el don de su amor ya fluye en el vino, en las bodas del hombre. Y esta anticipación se encuentra siempre en los actos del Señor. Su segunda venida aún no ha tenido lugar, tiene su momento en la historia, y, sin embargo, en la Eucaristía, el Señor anticipa siempre de nuevo su hora y viene con la belleza de su amor. Por eso debemos comprender la belleza de la Eucaristía, en la que el Señor anticipa siempre de nuevo la hora, nos da su gloria, el gesto de su inmenso amor y, a través de la pequeñez de nuestros dones, hace accesible la inmensa realidad de su amor, de su belleza.

Otro aspecto aún: la abundancia. Parece absurdo que Dios, que Cristo, nos haya dado más o menos 500 litros de vino para las bodas; habría vino para toda la ciudad y durante mucho tiempo. Pero la abundancia es el signo del Señor. La abundancia consiste en que Dios mismo se entrega por nosotros. Se ha dicho que esto parece absurdo:

«Si este Dios existe, ¡es absurdo que muera por esta pequeña criatura, por este pequeño planeta!». ¡No! Precisamente este es el signo del amor de Dios: su abundancia. Se trata de una abundancia real, Dios mismo se entrega a nosotros, lo hace, y en esto consiste la gloria de Dios, la belleza de su amor, la dulzura de su bondad.

Finalmente, oremos al Señor para que nos ayude a aprender a orar, a poner nuestra voluntad en la suya, a orar como camino de transformación de nuestra voluntad en la suya. Pidamos que nos ayude a aceptar y a participar en su paciencia. Y démosle gracias, porque él se entrega siempre de nuevo con la grandeza de su amor, en el don de la Santa Eucaristía. ¡Amén!

HA LLEGADO EL REINO DE DIOS

26 de enero de 2014, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

III Domingo del Tiempo Ordinario (Año A)

Lecturas: Is 8,23b-9,3; Sal 27; 1 Cor 1,10-13.17; Mt 4,12-23

Queridos amigos:

El Evangelio que hemos escuchado se divide claramente en tres partes. Primera parte: la gran luz que surge en la oscuridad de la ausencia de Dios; segunda parte: el anuncio esencial de Jesús; tercera parte: la vocación de los primeros discípulos como modelo de toda vocación futura. Desearía meditar con vosotros solo la parte central: el anuncio de Jesús. Los tres Evangelios sinópticos —Mateo, Marcos y Lucas— lo resumen con las mismas palabras, de suerte que lo esencial del anuncio de Jesús sería: «Convertíos, porque ha llegado el Reino de Dios».

La primera parte, «convertíos», es común con la predicación de Juan el Bautista. Siempre será verdad que el hombre, para vivir de manera honesta y correcta, deberá convertirse, deberá encontrar una nueva dirección, salir de sí mismo, salir de las cosas materiales y orientarse hacia la realidad verdadera: el Dios presente.

La segunda parte es la novedad de Jesús: «Ha llegado el Reino de Dios». Pero, ¿qué es este Reino de Dios? ¿Dónde está? ¿En qué consiste? Hagamos primero una observación sobre las palabras: san

Mateo dice «Reino de los cielos», san Marcos y san Lucas dicen «Reino de Dios». Esta palabra «cielo» indica, por así decirlo, una parte de la geografía cósmica.

Por reverencia para con el misterio de Dios, en el judaísmo del tiempo de Jesús ni siquiera se atrevían a pronunciar con la boca la palabra «Dios»; se quería evitar todo pecado contra el segundo mandamiento, respetar el gran misterio de Dios; en vez de hablar de Dios, se hablaba del cielo, pero la intención era decir: «El cielo es Dios; por consiguiente, el Reino es de Dios, Dios es el Reino».

Y es que esta segunda parte, el Reino, según su significado original, no indica una parte del mundo gobernada por una ley, como el Imperio romano o el Imperio español, sino que indica un acto, dice: «Dios gobierna, Dios es el Señor, gobierna el mundo».

Hay una tradición judía que nos ayuda a comprenderlo. En tiempos de Jesús, cada judío estaba obligado a recitar cada mañana la confesión fundamental tomada de la Torá, que es la síntesis de toda la Palabra de Dios: «Dios, nuestro Dios, es uno, Dios es solo uno, le amo con todo mi corazón, con toda mi mente, con todos mis sentimientos y amo al prójimo». La recitación de esta confesión fundamental del judaísmo se llamaba «tomar sobre sí el yugo del Reino de Dios». No era solo una palabra, sino un acto fundamental, una entonación del día, tomar sobre sí el yugo del Reino. De este modo se ve que el Reino de Dios no es algo lejano, sino que se realiza hoy en nosotros: el Reino de Dios es fe en Dios, que se convierte en amor a Dios y, así, en amor al prójimo. El Reino de Dios es fe que obra en la caridad, dice san Pablo, y este es el verdadero contenido de esta tradición: el Reino de Dios no es algo lejano, es nuestro, está donde el hombre cree y la fe se convierte en amor. El Reino de Dios es el amor realizado en la fe. Y esto vale para siempre.

Pero entonces surge la pregunta: ¿qué es la novedad que Jesús nos ha traído? ¿En qué consiste?

Los exégetas del siglo pasado estaban casi todos convencidos de que lo esencial habría sido que Jesús esperaba de manera inminente

el fin del mundo y la llegada de un mundo nuevo, la plena realización del Reino de Dios. Pero si fuera así, el anuncio de Jesús habría sido esencialmente un error, porque el mundo no ha terminado, todavía existe, y no ha llegado el Reino de Dios en el sentido de un mundo nuevo, totalmente diferente, completamente bajo la luz de Dios. Si este error fuera el corazón del mensaje de Jesús, el cristianismo no habría podido sobrevivir, porque cuando aparece un error no sobrevive a largo plazo. Así pues, no puede ser este el sentido del anuncio de Jesús. Los exégetas de los que yo hablaba habían hecho una extraña operación: habían hablado únicamente del Reino, identificándolo con un mundo mejor, y el objetivo del cristianismo sería trabajar por la llegada de ese mundo mejor. Ahora bien, todos nos comprometemos en la lucha por un mundo mejor, pero esto no puede ser la esencia del anuncio de Jesús.

Para comprender realmente lo que Jesús quiere decir, nos ayuda especialmente un texto del capítulo 17 de Lucas, donde el Señor dice: «El Reino de Dios no viene de tal manera que podamos verlo, estar ante él y considerar como un espectador este espectáculo. No es así. El Reino de Dios no se observa como algo exterior; el Reino de Dios está en medio de vosotros» (cf. Lc 17,21).

¿Qué dice Cristo? Hay dos interpretaciones esenciales. Una afirma: el Reino de Dios no es algo exterior, del mundo material, empírico, sino algo interior, que vive en el corazón del hombre, en su alma. En esta idea hay algo de verdad, porque en realidad nuestro corazón es la puerta por la que entra Dios en el mundo. La presencia de Dios comienza en nuestro corazón; no comienza con nuevas estructuras económicas, jurídicas; solo comienza si cambia el corazón del hombre, si se llena de la luz, de la verdad, de la bondad, del amor de Dios.

Esto es verdad, pero, con todo, el Reino de Dios no es solo algo interior, espiritual, individual: ha venido precisamente para penetrar todo el mundo, también el mundo material, el mundo social, para crear comunidad, para reunir a la humanidad dispersa. Así debemos pensar en la segunda interpretación: «El Reino de Dios está en medio

de vosotros» significa que Jesucristo, que está predicando en medio de la gente, es él mismo en persona el Reino de Dios, él mismo es el Reino que ha llegado al mundo.

Orígenes, un gran teólogo del siglo III, dijo que Jesús es *autobasileía*, el Reino en persona; el Reino no es una estructura, como el Imperio romano, es una persona: ¡Jesús es el Reino! En el misterio de la Encarnación, Dios ha llegado realmente al mundo. Cuando Jesús dice: «Ha llegado el Reino», quiere decir precisamente esto, que en su persona Dios ha llegado al ser humano, a nosotros. Encontrar el Reino significa encontrar a Jesús y así crece en nosotros el Reino de Dios, en este encuentro interior y exterior. Encuentro interior con el corazón, que, sin embargo, se extiende, a continuación, a nuestras actividades y las reúne en la fe y en el amor.

De este modo queda claro también que la mera presencia física de Jesús no era suficiente. Era necesario que fuera el grano de trigo, que muere para resurgir; y, una vez resucitado, está presente en todas partes con la fuerza de su Espíritu, con su virtud. El Reino está presente en Cristo resucitado, que nos toca en el corazón, toca el mundo y llega a nosotros en el Encarnado y Resucitado. El Reino de Dios llega a nosotros cuando somos tocados por Cristo y nos dejamos contagiar por su amor de modo que crezca. Si observamos a los santos a lo largo de la historia, veremos que esto es precisamente lo que se produce: tocan la presencia de Dios, son tocados, contagiados, transformados por ella, y así crean islas de amor en un mundo de odio.

Si Cristo en persona es el Reino, y el Reino se encuentra allí donde él está, se encuentra allí donde nosotros estamos unidos a él en los sacramentos, en la fe, en la actividad, subsiste aún la pregunta: ¿qué es la Iglesia?

Es obvio que la Iglesia no se identifica con el Reino de Dios, aunque este no pueda separarse de ella; también en la Iglesia hay pecado, hay toda la debilidad humana; pero ¿qué es? Jesús nos lo expone con diversas parábolas. Veamos las más importantes (cf. Mt 13, 24-43.47-50). La Iglesia es el campo en el que crecen el trigo y la cizaña, es

el lugar donde crece el trigo de Dios, pero siempre mezclado con la cizaña; es importante comprender que nosotros no somos los jueces del mundo, sino que soportamos con paciencia estas situaciones e intentamos crecer como verdadero trigo de Dios.

Otra parábola: la Iglesia es la red con la que Dios saca de las aguas saladas de la muerte, de la oscuridad de la noche, a sus criaturas para llevarlas a la luz, para hacerlas vivir en la luz, en la verdad; y en esta red suya no solo hay peces buenos, sino también otros animales. También aquí quiere decir lo mismo: que en este tiempo, en esta historia, la Iglesia es el lugar donde crece el Reino, pero aún no es el Reino definitivo, porque la lucha entre el bien y el mal continúa incluso en el interior de la Iglesia.

Y otra parábola más: sois la ciudad sobre el monte que da luz al mundo...

Así vemos nuestra vocación: la paciencia de soportar el pecado en el mundo y en la Iglesia, la humildad de aceptar esta situación y la alegría de encontrarnos en la red de Cristo. Creo que debemos estar mucho más alegres, agradecidos, porque conocemos a Dios en Jesús. Es un don inmerecido que Dios nos ha dado, el hecho de estar en su red y conocer el rostro de Dios. Esto nos proporciona alegría y es también una vocación a ser sus testigos, para crecer como verdadero trigo.

Volvamos al principio: tomar sobre nosotros el yugo del Reino en la fe, que se convierte en caridad. La novedad es que no estamos solos en la carga de este yugo: Jesucristo, el hombre-Dios, lo lleva con nosotros y nos lleva a nosotros. De este modo llevamos este yugo de un modo nuevo, lo llevamos como y en la medida que podemos, y sabemos que él nos lleva y de este modo realiza el Reino. Oremos, pues, al Señor: «¡Venga a nosotros tu Reino!». ¡Amén!

LA LLAMADA DE JESÚS: CONVERSIÓN Y VOCACIÓN

22 de enero de 2017, Capilla privada, Monasterio Mater Ecclesiae

III Domingo del Tiempo Ordinario (Año A)

Lecturas: Is 8,23b-9,3; Sal 27; 1 Cor 1,10-13.17; Mt 4,12-23

Queridos amigos:

En el Evangelio de hoy hemos escuchado los primeros pasos de la vida pública de Jesús, en los que aparecen de inmediato los dos conceptos fundamentales de la vida cristiana: la conversión —«Convertíos»— y la llamada: «Seguidme». Desearía meditar un poco con vosotros sobre estos dos conceptos.

Conversión: ¿qué es? Me parece que la idea general que se tiene de la conversión es la de un hecho moral, es decir, el paso de una vida amoral y arreligiosa a una vida moral y religiosa. La conversión de Agustín es para la gente normal el modelo de una vida amoral, religiosamente vaga, que se convierte a una vida moral. Pero esta no es la concepción correcta, porque el cristianismo de por sí no es un moralismo, un acto moral.

En nuestros días, los exégetas coinciden casi unánimemente en que en san Pablo no se puede hablar de conversión, porque Pablo ya era un hombre moral, vivía exactamente todos los preceptos, ya era un hombre con la recta religión de sus padres; por consiguiente, no se debería hablar de conversión. Pero aquí se ve el error fundamental,

el concepto erróneo de la conversión, que no es un hecho moral, del mismo modo que el cristianismo es algo distinto a un moralismo.

El mismo Pablo, al describir la palabra *dikaíosúnē* —a saber, «justicia»—, nos dice: «Vivo, pero ya no yo; otro vive en mí» (cf. Gal 2,20). Es decir, está totalmente renovado en su vida; no se trata de un cambio moral o inmoral, él es otro yo, se trata de un nuevo nacimiento; es algo que va hasta el fondo del ser en un nuevo nacimiento, el de un nuevo ser.

También podemos decir que se trata de una historia de amor: otro entra en mi vida, de tal manera que debo abrirme, salir de mí mismo; en este diálogo, ya no vivo por mí mismo, sino por el otro, de tal modo que me entrego y así llego a ser yo mismo. Esto es muy importante. De este modo podemos decir que lo esencial del cristianismo es la historia de amor, es conversión, es un encuentro que me cambia. Naturalmente, no es una historia de amor en el sentido de sentimientos que vienen y pasan; no, es un ser tocado y un salir de mí mismo para estar con el otro, vivir con el otro, desde el otro. Vivo para Dios y vivo al mismo tiempo para todos los hombres. De ahí que la conversión implique siempre no solo este salir de mí mismo, sino también el acto comunal de estar en camino con la Iglesia, con la comunidad, es vivir para los otros, desde el otro, en esta novedad de vida. Así se comprende también que la conversión nunca termine: toda la vida es conversión, en el sentido de vivir cada vez más en Dios. Me parece que, si reflexionamos sobre esto, siempre podremos rezar al Señor: «Ayúdanos a convertirnos, ayúdanos a estar en camino de conversión y a mostrar la alegría de la nueva vida para nosotros y para todos».

Segundo concepto: la llamada. Jesús dice a estos dos hermanos: «¡Seguidme!». Deben dejar su profesión, su propiedad, su vida. No eran pobres de solemnidad. San Pedro dice: «Lo hemos dejado todo»; por consiguiente, ese «todo» existía, no eran personas sin nada; eran personas copropietarias de una cooperativa de pescadores, con sus herramientas, sus grandes redes y demás utillaje. Jesús dice: «Dejad vuestra profesión, venid conmigo y dejadlo todo».

Dios es la verdadera realidad

Cada domingo, cuando no presidía la liturgia pública, Benedicto XVI celebraba la eucaristía con un pequeño grupo de personas. Y regularmente pronunciaba una homilía, a la que dedicaba mucha atención y cuidado durante toda la semana, preparándola con estudio, meditación y oración.

Estas homilías se dan a conocer ahora a los lectores por primera vez como un tesoro de sabiduría y espiritualidad de vital importancia. Domingo tras domingo, el papa explica el significado de la palabra de Dios siguiendo dos caminos: el vínculo con la tradición de la Iglesia, en particular los Padres de los primeros siglos, y su perspectiva teológica. Reconoce a lo largo de los siglos la presencia de Dios que vence a los ídolos contruidos por las manos del hombre. Frente a las distorsiones de la humanidad, Benedicto XVI contrapone la única realidad, la misteriosa pero verdadera presencia de Dios en la historia.

«Esta es la verdadera enfermedad de nuestro tiempo: que Dios no es realidad, que solo son reales las cosas tangibles. Si es así, vivimos realmente en una ceguera terrible, excluidos de la verdadera realidad, de la luz de Dios, de la belleza de Dios. La realidad es, ante todo, Dios: solo si vemos a Dios, vemos bien el resto y podemos encontrar el camino».

Benedicto XVI

Depósito Legal: M-15886-2026



ISBN: 978-84-1339-289-9



9 788413 392899